

LAS TRES HORAS
DE AGONIA DE
N. S. JESUCRISTO,

Ó SEA

EJERCICIO PRACTICO DE CONTEMPLAR LAS SIETE PALABRAS

*que en la cruz habló nuestro amado Redentor
ordenado por un Sacerdote para
el provecho espiritual de los fieles. Va
añadido el ejercicio de las cinco llagas
y la visita de sagrarios para
la semana mayor.*



CON LICENCIA.

LÉRIDA,
Imprenta de L. Corominas.

Año 1888.

À ESTE EJERCICIO

*de las tres horas de agonía, de nuestro
amado Redentor Jesucristo.*

Siendo, como es, tan varia la humana condicion, ya se ve cuan difícil será presentarle obra, que à todos asiente, y complazca à todos; yo miro que se rosa con lo imposible, el que se vea en el mundo objeto, sea de la cualidad que sea, que agrade generalmente à todos, y les obligue à estimarlo. El hombre naturalmente envidioso, mira con desprecio todo lo que no es produccion de su fantasia; y cuando por lo sagrado y elevado del objeto, no haya lunar con que afearla, nunca le falta en el modo ó método de la ordenacion de la obra; en el estilo ó narrativa, con que mancharla. Si alguna cosa puede haber exenta de la humana censura, es sin duda la sagrada historia de la pasion del Señor; y en ella la narrativa de lo que el Señor padeció en las tres horas de su agonía, que fueron las que, segun consta del sagrado evangelio, estuvo colgado de la cruz para remedio de nuestras almas: porque aunque los entendimientos mas linceos se esmeraran, y las plumas mas sùtiles se cansaran en pintarnos las amarguras y crueles dolores de que estuvo cubierto el suavísimo corazon de

nuestro dulce JESUS, y atormentado en dichas tres horas; solo pudieran ser notados de quedarse cortos, por no dar mas de si, la elocuencia y capacidad humana.

Por lo mismo la devocion industriosa de algunas almas, discurrió componer un ejercicio que enlace la leccion con la meditacion; á fin de que el alma, por medio de la oracion, se elevase á considerar y penetrar mucho mas de aquello, que la humana espresion podia presentarle. En efecto. el presente ejercicio de las tres horas, está tan lleno de una celestial uncion, que hasta en las gentes mas bárbaras ha hecho saludables frutos: y desde luego puede asegurarse, que nadie asistirá á él, que mucho ó poco no se sienta compungido; especialmente si el que lo dirige y ejecuta, lo gobierna con un poco de fervor. Venid pues mortales, á coger aguas de las fuentes del Salvador: cuyas aguas os llenarán de gozo, contento y alegría; cuyas aguas desterrarán de vuestras almas las sequedades é infelicidades, con que el demonio os tiene tristemente enredados en los placeres mundanos. Estos si que son gozos, estos si que son placeres; porque no solo no empalagan, sino que cuanto mas se gustan, mas embelesan y deleitan. Gustadlos, probadlos, y vereis cuan suave y dulce es el Señor, cuan amable él que por todos los hombres sufre una muerte, se hecha á pechos un mar de agonias, que en todos tiempos, á todas horas deben ser el objeto de

nuestras atenciones; pero especialmente en estos dias.

Prevenido el altar con una imagen de Cristo crucificado, y la de la Virgen dolorosa, y las luces convenientes (que en algunas partes se dispone con tal aparato, que con sola su vista infunde respeto y veneracion) sube al púlpito un padre; y principiando con el *per signum crucis*, y la invocacion del Espiritu Santo, que está al principio de este libro, hace una breve exhortacion, con que persuade á los presentes. Cuan justo y debido es que los cristianos acompañen á su Redentor, en estas tiernisimas horas de la agonía, que pasó en la cruz por su amor y redencion. Declárales lo que los santos han dicho, y las santas han entendido en sus revelaciones, de la utilidad que trae el acompañar á Jesucristo en su muerte, para que su Magestad nos acompañe en la nuestra. De esto se hallará mucho en el beato Alberto magno, en san Bernardo y las vidas de santa Catalina de Sena, santa Gertrúdis, santa Magdalena de Pazzis y otras. Reza alguna cosa á propósito con el pueblo, como una salve ú otra oracion á nuestra Señora de los dolores etc. Siéntase despues el padre, y se sienta todo el concurso, y comienza el padre á leer la introduccion, que está al principio de este librito. Leida esta, se hincan todos y meditan en silencio alguna cosa de la pasion, mientras en el coro con suaves instrumentos, se canta alguna letra propia de la pasion.

Despues se sienta el padre y todo el concurso, y lee desde el pulpito, con pausa, afecto y voz tierna la primera palabra, como está en este librito. Acabada se hincan todos, y se canta en el coro con suaves instrumentos dos ó tres coplas, que digan sobre la misma primera palabra. Al fin de esta cancion se pone el padre en pié; quédase el pueblo de rodillas, y reza alternadamente con él algunas oraciones, como uu padre nuestro, y diez avemarias; ó dice algunos afectos, segun se expresará en cada palabra.

Siéntanse despues todos, y lee la segunda palabra, la cual acabada se hincan todos, y se canta en el coro alguna cosa propia de la segunda palabra. Despues se reza, etc. Y este mismo método se guarda en cada una de dichas siete palabras.

Aqui se advierte que el predicador ó director, se ha de ir acomodando, y proporcionando al tiempo; paraque ni falte, ni sobre de las tres horas; pues esta devocion pide acabarse al mismo tiempo, en que espiró Jesucristo: y asi se ha de ir con mas pausa ó con mas prisa en lo que leyere y rezare etc., segun lo que pidiere la medida del tiempo, y si reconoce que todavia resta mucho tiempo, puede interpolar la leyenda con una ú ctra exhortacion breve, donde viniere á propósito; y así llenará mas tiempo, paraque pueda llegar con la devocion al fin de las tres horas.

Ya que son cerca las tres, acabada la última

palabra se sientan, y lee con mucha pausa, ternura y devocion el último apóstrofe, que está en el fin de este mismo libro. Y si aun sobra tiempo bastante, dice en pie las salutations de las llagas de Jesucristo, que están al fin puestas; pero si falta tiempo se omiten estas.

Cerca ya de las tres, se hincan todos y en el coro se entona con voz muy tierna el Credo, y se mide de modo que dén las tres al tiempo del *incarnatus, crucifixus et mortuus est*.

Inmediatamente cantará la música la letra: *Ya murió mi Redentor*, y concluida se pone en pié el padre, y con grande y lastimero grito dice:

Ya murió Jesucristo, ya espiró nuestro Redentor, ya acabó la vida nuestro Padre: y con gran fervor prosigue exhortando al llanto, á la compasion, ternura y contricion; ya hablando con Jesucristo, ya con su Madre santísima adorada, ya con los pecadores, etc. y remata con un fervoroso acto de contricion.

SALUTACION AL ESPIRITU SANTO.

Ven á nuestras almas,
ó Espiritu Santo,
y envíanos del cielo
de tu luz un rayo.

Ven, Padre de pobres,
ven de dones franco,
ven de corazones

lucido reparo.

Ven, Consolador
dulce y soberano,
huésped de las almas,
suave regalo.

En los contratiempos,
descanso al trabajo,
templanza en lo ardiente,
consuelo en el llanto.

Santísima luz
de todo cristiano,
lo íntimo del pecho
llena de amor casto.

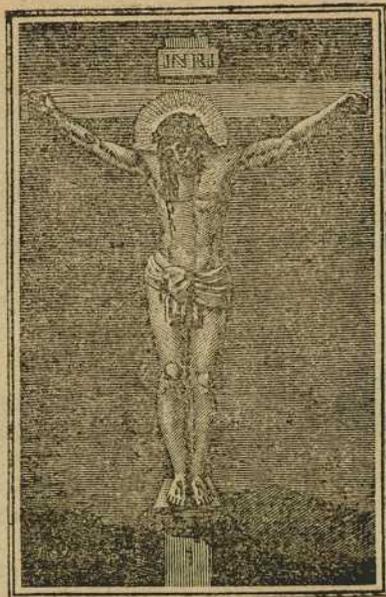
En el hombre nada
se halla sin tu amparo;
y nada haber puede,
que no le haga daño.

Con tus aguas puras
lava lo manchado,
riega lo que es seco,
pon lo enfermo sano.

Todo lo que es duro
ablande tu mano;
gobierna el camino,
fomenta lo helado.

Concede á tus fieles,
en ti confiados,
de tus altos dones
sacro septenario.

Aumento en virtudes
haz que merezcamos,
del eterno gozo
el feliz descanso. AMEN.



DEUS MEUS DEUS MEUS.

¿quia dereliquisti me?

INSTRUCCION

DE LO QUE SE HA DE HACER

Y CONTEMPLAR EL VIERNES SANTO,
EN LAS HORAS DE AGONIA DESDE LAS DOCE
A LAS TRES DE LA TARDE.

*Primeramente se hará un breve razonamiento,
para disponer á la reverencia y aprovecha-
miento de estas tres horas ; el que con-
cluido, se lee lo siguiente.*

Todos los fieles cristianos, amantes de nuestro salvador Jesus, redimidos y rescatados con el precio de su preciosísima sangre, pasion y muerte del cautiverio de la culpa y del demonio, debemos contemplar con suma atencion y reverencia, los tormentos, congojas y angustias mortales, que en el espacio de estas tres horas de agonía, desde las doce hasta las tres de la tarde, padeció nuestro amorosísimo Redentor en la cruz. Fueron tan terribles y crueles, que como dice San Bernardo, no hay entendimiento humano, que lo pueda comprender, ni lengua criada, que lo pueda explicar. No tenia cosa sana el Salvador desde la planta del pié, hasta lo mas alto de la cabeza. Miralo bien, alma, en esa cruz todo de los pies á la cabeza hecho una llaga, abiertas las es-

paldas y todo el cuerpo con los azotes, desconjuntado con los golpes al pecho, traspasada terriblemente la cabeza con las espinas, mesados los cabellos, arrancada la barba, herido el rostro con las bofetadas, las venas desangradas, seca la boca con la sed, la lengua amarga con la hiel y vinagre, las manos y pies barrenados y atravesados con los crueles clavos, rasgándole mas estas heridas el peso de su mismo cuerpo, el corazon afligido, y el alma á punto ya de espirar, se le arrancaba con indecible tristeza y congoja. Pero á la verdad, no era esto lo que mas le atormentaba; pues de su voluntad se habia ofrecido á los tormentos de la cruz. Lo que mas le atravesaba el corazon en la agonía de estas tres horas, eran nuestras culpas y nuestra vil correspondencia. Nuestra ingratitud era la que causaba aquellas terribles agonias de la muerte, ¡Ay alma! ¿quien no aborrecerá con todo el corazon las culpas, pues tan mortales agonias le causaron á nuestro amorosísimo Salvador?

En estas tres horas de tan espacioso tormento, sin que las olas de tantas amarguras, pudiesen apagar el incendio de su caridad, nos tuvo delante á todos para ofrecer por nosotros su sangre y su vida con entrañable amor, en sacrificio á su eterno Padre. En estas tres horas, aunque nosotros no le vimos con nuestros ojos, él con su inmensa vista nos vió y tuvo presentes, para ofrecerse por cada uno; como si cada uno de nosotros fuera solo en el mundo

y en su amor. En estas tres horas vió claramente cada una de nuestras culpas, con todas sus circunstancias: como las ve despues cuando se cometen; afligiéndole con tan profundo sentimiento, que compadecido de nosotros, ofreció su sangre preciosísima en paga de nuestros delitos. En estas tres horas, con la amargura de sus agonias despojó al demonio príncipe del mundo, de la escritura y obligacion de nuestras culpas; y clavádoia consigo en la cruz, ¡la borró con su sangre. En estas tres horas, con el precio de sus agonias nos alcanzó de su eterno Padre, todos los tesoros de su clemencia, todos los bueros pensamientos y santas inspiraciones, y todos los socorros de su gracia. ¡O bienaventurada memoria de nuestro dulcísimo Redentor! ¡O dichosas tres horas de oro, corridas por nuestros yerros, en que merecimos hallarnos presentes en el monte Calvario, no de lejos, ni juñto á la cruz; sino en el mismo corazon y memoria de nuestro amorosísimo Redentor, para lograr toda la gracia de su amor: y de su infinita caridad. De verdad almas, que no cumplimos lo que debemos á nuestro dulcísimo Jesus, si en estas tres horas no morimos de amor.

Volvamos, alma, al eterno Padre nuestro Dios y nuestro Juez, y esforzados con las agonias de nuestro Redentor Jesus, digámosle con todo afecto, y rendimiento de nuestros corazones: ¡O Padre eterno, Juez y Señor de nuestras almas, cuya justicia es ncomprehensible! ¡Ya

que ordenaste, Señor, que tu inocentísimo Hijo pagase nuestras deudas, mira Señor y Padre nuestro, la agonía tan terrible en que se vé por tu obediencia, y por nuestras culpas en estas tres horas! ¡Mira la paga que ofrece tan copiosa en su sangre y agonias, para que así se aplaque tu justicia! ¡Cese, Señor, tu ira, cese tu enojo; y pues te vés tan abundantemente pagado y satisfecho, quedemos libres los deudores; y merezcamos por estas tres horas de agonía de tu amantísimo Hijo Jesus, todo aquello que te pidió para nosotros, el perdon de nuestras culpas, y los socorros eficaces de tu gracia, ahora y en la hora de nuestra muerte! Amen.

Aquí se arrodillan todos á pedir lo dieho; y entre tanto se canta la siguiente lamentacion.

Al calvario almas llegad,
que nuestro dulce Jesus,
desde el ara de la cruz,
hoy á todos quiere hablar:

Siéntanse luego, y se lee la primera palabra, que habló el Señor en la cruz:

Pádre perdónalos, porque no saben lo que se hacen.

Puesto nuestro Señor Jesucristo como Maestro celestial en la cátedra de la cruz, habiendo callado hasta entonces con tan profundo silencio, abrió sus labios divinos para enseñar al mundo en siete palabras, la doctrina mas alta de su amor. Atienda pues, alma, aviva las

potencias, mira que el mismo Dios es quien te enseña, y te ha de tomar estrecha cuenta de estas siete lecciones. ¡O Jesus amoroso! ¡O Maestro divino! hablad, Señor, que vuestros hijos oyen.

Toda la naturaleza se conmovia, al ver padecer á su Criador tan atroces agravios: el cielo se enlutaba en obscuras sombras: estaba para estremecerse la tierra en terribles movimientos: para herirse entre sí las piedras para abrirse los sepulcros: los ángeles asombrados, al ver á su Señor entre tan crueles tormentos: los demonios con rabia y envidia, porque no se ejecutaba en los hombres el castigo, que merecian por las culpas como se habia ejecutado en ellos. Pudiéramos imaginar que irritada la naturaleza contra los pecadores, clamaba al Padre eterno por justicia y venganza: *¡Usquequo, Domine, sanctus, et verus non vindicas sanguinem filii tui?* ¿Hasta cuando, Señor, justiciero y santo, no tomas venganza en los pecadores, de la sangre y agravios de tu inocente Hijo? Y que cuando á este clamor, ya la divina justicia armaba el rayo de su ira para la venganza, entonces el Redentor del mundo, mostrando su infinita caridad, levantando sus eclipsados ojos á su eterno Padre, y representándole su obediencia y sus merecimientos, le dijo: Padre y Señor mio detén el brazo de tu justicia: y por esta cruz en que muero, y la sangre que en ella estoy derramando, te pido, Señor, y te ruego que perdones á los pecado-

res las culpas, con que me han puesto en esta cruz: perdónalos, Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.

¡O alma pecadora; abre los ojos y los oídos; y al escuchar en esta primera palabra á Jesus, que llama Padre tuyo y de todos á su eterno Padre, conoce la alteza de tu origen! Hija eres, no de otro Padre que del eterno Dios. ¡O Padre eterno! ¿Mi Padre tú? ¿Y yo tan ruin hijo? ¿Qué ceguedad me aparta de tus ojos! ¿Qué locura es la mia, que dejo tus caricias y tu gracia, por el vil amor de las criaturas! ¿Donde estoy con mis culpas! ¡A dónde voy con mis pasiones! ¿Qué estado es el que tengo, despues que te ofendi! ¡O Padre amoroso, aquí perezco miserable en mis delitos! ¿A quien volveré los ojos? ¿Volveré á tí, Padre benignísimo? Mas ¿cómo ha de tener ojos un ingrato, para volver á la presencia de un Padre, á quien tanto ha ofendido? Ea, vuelve, alma afligida, vuelve que al fin es tu Padre. Iré, pero ay, mi Dios! que me falta el aliento, porque son innumerables mis torpezas y ruindades; y temo que tus ojos han de ser para mi formidables rayos, mejor será morir y no llegar. Ea vuelve, alma arrepentida, vuelve que al fin él es tu Padre, y tu mismo hermano Jesus, á quien has crucificado con tus culpas, te apadrina, y pide al Padre soberano te perdone, ofreciendo su sangre por tus culpas. ¡O mi Jesus! ¡O hermano amorosísimo! ¡Dáme esos piés, para que yo los bese con mis labios, y riegue con mis ojos! ¡Tú ruegas por el perdón

de mis abominaciones; y yo no muero aquí de amor tuyo! ¡Ay! ¡qué dureza es la mía! Ea, llega confiada, alma arrepentida: llegad, pecadores todos, á lograr las misericordias, que ya está el cielo rebosando piedades, porque el amorosísimo Jesus, ruega por todos al Padre eterno, y le dice con profunda reverencia: ¡O Padre de piedades, aquí tienes ya á los tristes pecadores! No mires, Señor, á que ellos me crucifican á mí, sino á que yo muero por ellos; vivan ellos, pues por ellos muero: no mires su ignorancia, sino mi amor: no mires su ingratitud, sino mi sangre derramada: no mires sus culpas, sino esta vida, que te ofrezco por ellos en esta cruz: perdónalos, Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.

¡O caridad infinita de nuestro amantísimo Jesus, cuyo incendio de amor no pudieron apagar las aguas impetuosas de tanta crueldad y tribulación! ¡O que doctrina tan alta, la que nos enseña en esta primera palabra! Mira, alma, como excusa del modo que puede á los que le crucifican; y como perdona á sus crueles enemigos, y en ellos á todos los pecadores que le ofenden; y con sus ofensas le han puesto en la cruz Padre, dice, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Aprende alma, de este ejemplo, á no acusar ni exagerar los defectos ajenos, ni los agravios que te hicieren; aprende á excusar las faltas de tus prójimos, aunque sean enemigos; atribuyéndolas, no á la por parte, sino á la ignorancia, á inadvertencia, á

celo ó á otra intención ménos mala. ¡O cargo espantoso, el que por esta primera palabra se ha de hacer al vengativo y rencoroso! Jesucristo pide al eterno Padre te perdona tantas malas palabras, y tantas malas obras, con que le agravia y crucificas; y tú, alma vengativa y rencorosa; no perdonas una leve palabra, ó un leve agravio por Jesucristo. ¿Qué obstinacion es esta, pecho católico? ¿Qué tiene de cristiano quien no tiene piedad con su enemigo? Si á quien te lisongea, alhagas, y á quien te ofende, muerdes, ¿Qué tienes mas que el bruto? ¿Por qué tienes el nombre de cristiano? Pues mira que te ha de medir Jesucristo con esta misma vara, y que te ha de negar todo lo que á tu prójimo niegas. Le niegas el habla, le niegas los ojos, ni le das la mano. Pues no te dará la mano Jesus, no le oírás una buena palabra, no le verás los ojos. Perdona, cristiano, si quieres que Jesucristo te perdona. ¡O Padre eterno! Ya perdono Señor, á todos mis enemigos, una y mil veces, en reverencia de tu santísimo Hijo, para que tu me perdones las innumerables culpas, que he cometido contra tu divina Magestad. Perdóname, Señor, que no supe lo que hice cuando te ofendi; y aunque por haberte sido tan ingrato, no merezco yo ser oído, lo merece tu preciosísimo Hijo, que por su sangre y agonías te pide en esta hora me perdones. Perdóname, Señor, que no supe lo que hice: misericordia, Padre piadosísimo, por tu amantísimo Hijo Jesus.

Aquí se postran un rato para meditar esta palabra. Cántase entretanto la siguiente lamentación.

Pues que fui vuestro enemigo,
mi Jesús, como confeso,
rogad por mi, que con eso
seguro el perdón consigo.

Cuando loco te ofendí,
no supe lo que me hacía;
buen Jesús del alma mía,
rogad al Padre por mi,

Luego en acción de gracias, por el perdón que nos pidió el Señor, se reza cinco veces, ó mas, lo siguiente.

Seas infinitamente alabado, mi Jesús crucificado, que nos pediste el perdón de todos nuestros pecados,

Luego al fin se harán los actos siguientes.
Creo en Dios, espero en Dios; amo á Dios sobre todas las cosas: pésame de haber ofendido á Dios, por ser Dios quien es: propongo nunca mas ofenderle. María, madre admirable, abogada de pecadores, por Cristo crucificado, que nos alcances perdón y gracia eficaz para no caer en pecado.

SEGUNDA PALABRA

que habló el Señor al buen Ladrón:
Hoy serás conmigo en el paraíso.

Considera á Jesús, alma devota, entre dos pecadores, el uno que se ablanda, y el otro que se obstina: el uno que se salva, y el otro que se condena. ¡O misterios profundos de la predestinación! ¡Mas, ó descuido el mas lamentable de los mortales! Alma que me oyes la diferencia de estos impenetrables destinos, mira bien en tu interior, á cual número perteneces? ¿Si al del buen Ladrón, que se salvó, ó al del malo, que se condenó? ¿Si te salvarás con el uno, ó te condenarás con el otro? ¿Cuántos de los presentes irán á ser compañeros del infeliz ladrón en los infiernos? ¡O que punto formidable! ¡Hombre! ¿cómo vives tan descuidado? ¡Y tu muger tan olvidada, en materia tan contingente y tan incierta? Mira á cual de estos dos ladrones tienes envidia? si al infeliz rebelde ó al humilde? Si al humilde como no eres humilde, ¿Y estas en esa cruz de tus vicios tan soberbio y rebelde? ¿Pecador y soberbio? Mal Ladrón ¿Pecador y humilde? Feliz hombre. El malo se vuelve contra Jesucristo, y como renegando lo baldona, y lo maltrata como á Dios fingido. Eso hace quien peca y quien maldice; eso hace quien reniega y quien vota; añadiendo á la ofensa de los vicios, á

contumelia de los desprecios. No así el feliz Ladrón, que alumbrado de los rayos divinos de Jesús, le reconoce, le confiesa y lo adora por su Dios verdadero. ¡O Dios, que eficaz es tu luz! ¿Quién habrá que resista á tus auxilios? ¡Ay almas! No malogreis los llamamientos. Herido de ellos el feliz hombre vuelve, y con tierna voz le dice á Cristo: Señor en ti confío, en ti espero, eres mi Señor, mi Dios y mi Redentor: acuérdate de mí, cuando te veas en tu reino. ¡O qué pecador tan dichoso! ¿Quién te dijo, hombre facineroso, que era ese Crucificado tu Señor, tu Dios y tu Redentor? ¿Qué confusión tan grande á los judíos, ver que un ladrón confiesa en una cruz á Jesucristo; y que ellos despues de tantas maravillas lo negasen? Mas, ¿qué de los cristianos, que lo confiesan con los labios, y lo niegan con las obras? ¿Qué confesion es la tuya, hombre torpe y vicioso? ¿Muger perdida y escandalosa, como confiesas? Sino eres firme como el buen Ladrón hasta morir en tu confesion, sino que apenas confiesas, cuando vuelves á tus vicios y escándalos, ¿qué confesion es esa? Esa no es confesion de buen Ladrón, sino de mal Ladrón obstinado y réprobo.

Al punto que oye Cristo las voces del Ladrón, que lo confiesa y le pide perdon, sin dilacion alguna le perdona las culpas y las penas. Hoy, le dice, estarás conmigo en el paraíso, hoy viernes de mis penas. ¡O día! ¿quién hay que no te logre? ¡O feliz pecador! ¡O dichoso arre-

pentido! Llegaste en gran día: llegaste cuando estaba el Redentor con la llave en las manos, y con la puerta de par en par abierta. Hoy, almas, no es día de penas para el hombre, que se echó sobre sí Jesús todas las penas. Hoy no hay una gota siquiera de tormento, que se agotó Jesús hoy todos los tormentos. Hoy no hay para el que se arrepiente infierno, que el infierno lo tomó para sí Jesús en sus dolores. Hoy todo es para el pecador paraíso, hoy todo es suavidad, es gloria. Venid, pues, á lograr tan buen tiempo, pecadores perdidos, con poca diligencia, con un buen corazón y una palabra, con un mirarle tierno y amoroso, con un suspiro de un pecho atravesado se consigue. ¿Pues como hay corazón que hoy te desprecie? ¡O Jesús benignísimo! ¿Qué liberal estás, que maniroto, que prodigio del cielo? ¡O corazón dulcísimo, todo amor, todo ansias, por salvar pecadores! Comunica, Señor, al mundo esas piedades, abrasa de ese afecto todos los corazones: convierte hoy el mundo, gran Señor: mira como se pueblan los infiernos, no solo de gentiles, hereges y judíos; mas también de cristianos: ¿qué dolor! ¡Hoy, mi Jesús, se han de condenar innumerables! Ya basta, Señor, que es lástima y dolor insufrible, que tu sangre en tantos se malogre. Piedad con los cristianos, gran Señor, mira tu rebaño: no se glorie el demonio de ver tanto triunfo: sálvense todos hoy, pues rebosas perdones; que ya todos, Señor, con el buen Ladrón arre-

pentidos te confesamos nuestro Dios, y nuestro Redentor: proponemos hacer una verdadera confesion: para ella. Señor, te pedimos un dolor verdadero: y que hoy te acuerdes de nosotros en tu reino.

Aquí se postran para meditar sobre esta palabra. Cántase la siguiente lamentacion.

Reverente el buen Ladron
imploró vuestras piedades;
yo tambien de mis maldades
os pido, Señor, perdon.

Si al Ladron arrepentido
dais lugar allá en el cielo,
ya yo tambien sin recelo.
la gloria, mi Dueño, os pido.

Luego cinco veces se le pide al Señor, lo que el buen Ladron diciendo:

Acordaos de mi, Señor, en vuestro reino,
por vuestra piedad y misericordia.

Luego se dice: Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios sobre todas las cosas: pésame de haber ofendido á Dios, por ser Dios quien es: propongo nunca mas ofenderle. Maria madre admirable, abogada de pecadores, por Cristo crucificado, que nos alcance perdon y gracia eficaz, para no caer en pecado.

TERCERA PALABRA

que habló el Señor á su madre:

Muger ves ahí tu hijo:

y al discípulo Juan:

Ves ahí á tu Madre.

Mirando el Salvador desde la altura de la cruz en un profundo golfo de amarguras á su amorosísima Madre, le arrojó á su triste seno otro golfo de cuidados y de ansias, entregándole en Juan por hijos á todos los mortales. ¡O Madre afligidísima! ¿qué espada es esta, que de nuevo os atraviesa el corazón? Por hijos os encomienda vuestro divino Hijo Jesus, á todos los pecadores, para que los recibais por hijos en su lugar. ¡O qué trueque tan sensible! ¿Perdeis en Jesus un hijo tan amable, y habeis de coger por hijos en los pecadores, unos hijos tan perversos y viles, que han crucificado á vuestro mismo Hijo con sus culpas? ¡O Señora dolorosísima! ¿Qué tormento es este? ¿No os basta de dolores? ¿Sobre vos tanto ingrato? ¿A vuestro triste pecho tanto ruin hijo? ¡O caridad infinita del Salvador con los pecadores, pues les deja por madre á su misma Madre! ¡Y, ó piedad inmensa de la Madre, que desde aquella hora, piadosa y compasiva, amorosa y tierna, acepta y abriga como Madre cuidadosa en su seno, á todo el mundo! O amparo universal del mundo entero, ¿cómo podrá nuestro

corazon mostrar él agradecimiento, de que nos aceptais por hijos? ¿Con que obsequios os podremos corresponder agradecidos? ¡O pecadores dichosos! Mirad bien la Madre que gozais: mirad bien la Madre que teneis: vuestra Madre es Maria, la que es Madre de Dios; una Madre toda llena de gracia, una Madre espejo de santidad y pureza: y no dice bien Madre tan santa, y los hijos tan perversos; Madre tan pura, y los hijos tan inmundos y torpes. ¡O gran Señora! Ahora acogednos en vuestro amparo, para que seamos dignos hijos vuestros; que pecho por tierra os ha de confesar por Madre todo el mundo. Aquí sin duda temblaría todo el infierno, al oír á Cristo esta palabra: sin duda los demonios sé abrasarian de envidia. Hombres oid: infiernos escuchad: Maria es madre de pecadores, madre de justos, madre de todos. ¡O Señora! Una y mil veces os beso esos sagrados pies, y con un grito que se oiga en tierra y cielo. digo á voces; hijo soy, aunque indigno, de Maria ¡O Señora! dadme vos que como hijo os mire y sirva; y que os ame en cuanto pueda como vuestro Hijo Jesus.

Para aquí son, almas devotas, las ternuras amorosas con vuestra Madre; levantad los ojos llenos de amor y agradecimiento á Jesus, que os dá y entrega por Madre, y en ella todos los bienes juntos de su misericordia, para nuestra salvacion; porque nadie se salva, sino es por Maria, nadie consigue el perdon, sino por Maria, y nadie logra beneficio alguno, sino por

Maria. ¡O Jesus amorosísimo y liberalísimo! ¿Qué afecto fué el que os obligó á tal ternura, á tal exceso y liberalidad? *Ecce Mater*, te dice, alma; mira á tu madre. ¡O Madre! te miro con mi vida y con mi alma. Mira bien, alma, á Maria: levanta á ella tus ojos y tu corazon; que tambien te dice, *Ecce Mater*, mirame por tu Madre Mirala afligida por las culpas: acompaña-la con tu dolor, que ella ruega por ti: pídele misericordia y perdon, pídele por sus dolores, auxilios eficaces; y que en la hora terrible de la muerte te mire como á hijo. ¡O Señora! ¡O Madre mia! ahora y en la hora de mi muerte muéstrate ser Madre mia: vuelve á mi esos tus ojos misericordiosos de amorosa Madre: mira el entrañable dolor, que te hemos costado al pié de 'a cruz: no se malogren tus dolores; lógrelos yo con tu amparo ahora y en mi último trance. Mas hoy quisiera yo, Madre amabilísima para mostrar que soy tu hijo, morir contigo de amor y dolor al pie de esa cruz. O muerte de ternuras, ven ahora. y muera yo de dolor y de amor, á los pies de mi Madre Maria, y de mi amorosísimo Jesus.

*Aquí se postran á meditar sobre esta palabra.
Cántase la siguiente lamentacion.*

Jesus en su testamento
á la Virgen hoy nos dá:
¡O Maria! ¡quien podrá
explicar tu sentimiento!
Hijo vuestro quiero ser,

sed vos mi madre, Señora,
que os prometo desde ahora
finamente obedecer.

Luego en accion de gracias á Jesus, porque nos dió por madre y á María; para implorarla por madre, se reza cinco veces lo siguiente.

Madre dolorosísima. Madre nuestra, ruega por tus hijos los pecadores; ahora y en la hora de nuestra muerte.

Luego se dirá al Señor.

Jesus dulcísimo. gracias te damos, porque nos diste por madre, á tu Madre Maria.

Luego: Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios sobre todas las cosas: pésame de haber ofendido á Dios, por ser Dios quien es: propongo nunca mas ofenderle. Maria madre admirable, abogada de pecadores, por Cristo crucificado, que nos alcances perdon y gracia eficaz para no caer en pecado.

CUARTA PALABRA

que habló el Señor:

Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

Despues de haber cumplido el Salvador con todas las finas atenciones de Redentor del mundo, pedido ya el perdon para los pecadores, y

elegida su madre Maria por Madre universal de todos comenzaron en lo interior de su alma sacratísima á avivarse las penas, y á intimarse mas vivos los dolores. Exhausto ya, y consumido con la falta de sangre, empieza los desmayos y agonias de muerte: la imaginacion adelgazada, le aviva la memoria de las ingraticudes de los hombres; aqui se le representan las ofensas gravísimas de los malos, las tibiezas y flojedades de los buenos: y por otra parte viendo intuitamente el infinito amor del Padre con el hombre, la rebelde obstinacion de los impios, el olvido de finezas tan grandes, el malogro de su pasion santísima, los pocos que habian de aprovecharse de su cruz y de su muerte, los innumerables que se habian de condenar, el dolor de su madre santísima, el temor de sus tristes discípulos, las crueles persecuciones de su esposa la Iglesia; juntos todos estos motivos con sus tormentos y dolores, con la cabeza traspasada de una corona de espinas, las sienes taladradas de sus agudísimas puntas, los ojos obscurecidos con el polvo y la sangre, rasgada la espalda, el pecho oprímido, rotas las manos y los pies. ¡O Jesus mio, infinito en loores, como inmenso en paciencia! De esta suerte pidió á su Padre la salvacion de todo el mundo: y viendo aquel decreto eficaz de su Padre, de que solo se habian de salvar los escogidos, y que su sangre y su muerte se habian de frustrar en innumerables almas, que se habian de perder, em-

pezó con este mayor tormento á agonizar en su alma; aumentándose mas este profundo sentimiento, cuando vió que cerrandó resueltamente su Padre el decreto, lo dejaba padecer sin consuelo, con tantos tormentos en el cuerpo, con tantos dolores en el alma: y viéndose asi desamparado hasta de su eterno Padre (porque tanto merecian los pecados, que cargaban su cruz) se angustió y acongojó de suerte, con tan sensible y amargo desamparo, que rompiendo en un triste y doloroso gemido, se quejó á su eterno Padre diciendo; Dios mio. Dios mio. ¿por qué me desamparas?

¡O mi amabilísimo Jesus! La causa de tu desamparo, Señor, han sido mis culpas ¡Ay, alma perdida! Mira el terrible desamparo, que padece el Hijo de Dios por tu perdicion: tiembla de que Dios tambien á ti te desampare: tiembla porque desamparada de Dios, no tendrás á quien volver los ojos. ¿Por qué, pues, quieres, alma, perderte? *Ut quid?* Responde á Jesus, que agonizando te pregunta tambien á ti desde aquella cruz: ¿Porque te has de perder? ¿Por que has de malograr mi sangre y mi redencion? ¿Por qué te has de condenar! *Ut quid?* ¿Por cosas tan viles de la tierra? ¿Por unos deleites tan inmundos? ¿Por unos intereses tan caducos, que se acaban y desvatecen en aire y en desdichas? *Ut quid?* Ea, respóndele, alma, deshecho en dolor y en llanto. ¡Ay mi Jesus *Ut quid!* señor, ¿por que me he de perder, estando tú en esa cruz por mi? ¿Por que me he de

condenar, derramando tú por mi esa preciosísima sangre? ¿Por qué la he de malograr? No haré tal, Salvador mio. Díganlo ya mis ojos: díganlo mi dolor y mi arrepentimiento: no me desampareis, mi Jesus, por tu santísimo desamparo.

Aqui se canta la siguiente lamentacion.

Desamparado se vé,
de su Padre el Hijo amado:
ah! maldito mi pecado,
que de esto la causa fué.
Quien quisiere consolar
á Jesus en su dolor,
diga de veras: Señor,
me pesa, no mas pecar.

*Luego para pedir al Señor no nos desampare,
se reza cinco veces lo siguiente.*

Jesus dulcísimo, por tu santísimo desamparo, no nos desampares en la vida, ni en la muerte.

Luego á nuestra Señora una vez

María Madre de gracia, Madre de misericordia, en la vida y en la muerte ampáranos, Señora.

Luego: Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios sobre todas las cosas: pésame de haber ofendido á Dios, por ser Dios quien es: propongo nunca mas ofenderle. Maria madre admirable, abogada de pecadores, por Cristo

crucificado, que nos alcances perdon y gracia eficaz para no caer en pecado.

QUINTA PALABRA

que habló el Señor en la cruz:

Sed tengo.

¿Qué entendimiento habrá, que alcance los motivos que avivaron la sed de nuestro dulcísimo Salvador, en este trance? Pegada al paladar aquella lengua, instrumento de tantas maravillas, secos aquellos labios amorosos, con la amargura de tantos tormentos, exhausto de sangre y sudor, era indecible la sed, que con nueva y mayor congoja le afligia: y así con una voz ronca; pero tierna, exclamó diciendo: *Sitio, sed tengo.* ¡O mi dulcísimo Jesus! ¿Qué sed es esta, que tanto os fatiga y atormenta? ¿Qué sed ha de ser! Sed insaciable de mas tormento por nuestra salud; sed encendida y ardiente de almas y de lágrimas. Como que así dijera: en esta congoja y agonía no hay otro consuelo, que el llanto de mis queridos devotos. Llorad, pues, almas amantes de Jesus, llorad que está seco y sediento el buen Jesus agonizando. Fuentes, arroyos, rios, dad agua á mis ojos. ¡O Señor! ¿quien dará á vuestra sed algun alivio? Quién quitare una culpa, que esa es la sed, que á Cristo mas le fatiga: sed, de que no se peque: *Sitio.* ¡O mi Jesus! ¿quien os

aliviara? Quien me buscare una oveja perdida; que esa es la sed que le atormenta: sed de ganar almas. Pues yo, Señor, os buscaré almas: yo enseñaré á los rudos y pequeñuelos vuestros caminos: yo exhortaré á los malos con la palabra y con el ejemplo: convertiránse muchos: *Sitio, sed tengo.* ¡O mi Jesus! ¿de qué estais tan sediento? De amor y mas amor. Ea, pues, Señor, mirad que habeis de tener un ejército de virgenes, de mártires y de confesores, que han de morir al impulso de un encendido amor vuestro. De un incomparable amor ha de morir vuestra madre Maria: de un excesivo amor han de morir vuestra querida Magdalena, y vuestras esposas Catalina, Lutgarda, Teresa y otras innumerables *Sitio, sed tengo, mas amor, que amor no dice basta.* Ay, almas, á morir de amor con Jesucristo, que tiene mucha sed, y hay poco amor. *Sitio, sed tengo,* ¿de qué Señor? De que se salve el mundo: pues allviaos Bien mio, que vuestros apóstoles y discipulos os han de convertir reinos enteros, y á millares las almas. *Sitio, sed tengo,* vengan mas y mas las almas, mas y mas pecadores arrepentidos. O pecadores endurecidos, mirad la sed tan insaciable, que tiene de vuestra salvacion vuestro amantísimo Redentor; ¿y qué poca sed teneis vosotros de salvaros! ¡Tanta sed como teneis de tesoros, vanidades y torpezas, que os llevan á la perdicion! Basta ya de pecar, que se abrasa de sed Jesucristo por salvaros. Desatad esas fuentes de vuestros ojos: para cuan-

do son las lágrimas? Llorad vuestras culpas, que con esa agua quiere nuestro amorosísimo Jesus satisfacer su sed Mas ¡ó mi Jesus! ¿quien os podrá aliviar! Que amor nunca dice, basta. Sed vos alivio de vuestra misma sed, dándonos à nosotros de esa sed; una sed ardiente de morir solo de vuestro amor; una sed ardiente de morir, antes que ofenderos. Muramos, pues, almas, muramos de amor, que se abrasa le Fénix; muramos de amor y deshaciendo el llanto de ternura en nuestros corazones, aliviémosle la sed con lágrimas de nuestro arrepentimiento y dolor,

Aquí meditacion y la siguiente lamentacion.

Sed dice Cristo, que tiené;
mas si quieres mitigar
la sed, que le llega á ahogar,
darle lágrimas conviene.

La hiel que brinda un ministro,
sí la gusta, no la bebe;
¿cómo quieres tú, que pruebe
la hiel de tu culpa Cristo?

Luego para aliviar la sed al Señor, se le dá el corazon, diciendo cinco veces lo siguiente:

Jesus mio dulcísimo y sediento, mi corazon te entrego.

Luego: Creo en Dios, espero en Dios, amo à Dios sobre todas las cosas: pésame de haber ofendido à Dios, por ser Dios quien es: pro-

pongo nunca mas ofenderle. Maria, madre admirable, abogada de pecadores, por Cristo crucificado, que nos alcances perdon y gracia eficaz, para no caer en pecado.

SEXTA PALABRA

que habló el Señor en la cruz;

Ya está todo acabado.

Ya se acabaron, almas, de cumplir las perfectas de las antiguas escrituras: ya se perfeccionó el fin de los profundos decretos de Dios: ya se han pagado à la divina justicia las deudas de los pecadores; ya se han comprado por su justo precio, el premio de la bienaventuranza para los justos: ya se han asentado firmes paces entre Dios y los hombres: ya se ha dado fin al cautiverio del demonio, y principio al triunfo de la gloria, ya nuestro dulcísimo Jesus está en el último trance, agonizando con terribles desmayos, despues de haber concluido con todos los oficios de Redentor: ya está dentro de las puertas de la muerte, ofreciendo finalmente por los pecadores su dulce vida. Entrate, alma, en el interior de su memoria y verás presentes todas las peticiones juntas, que al Padre eterno han de hacerse hasta el fin del mundo: todas las pide Cristo, y por él y por su muerte, se otorgan todos los memoriales: ya está el despacho concluido de

todas las altas disposiciones del mundo hasta su fin: y de esta muerte que ya se perfecciona, depende toda la noble restauracion de las sillas del cielo. Mira á aquel gran Señor, viendo en este trance con su alta sabiduria todas sus batallas y tentaciones, tus faltas mas secretas, tus mas ocultos pensamientos, todos los sucesos de tu vida, todos tus riesgos de pecar y de condenarte. Mirale como aplica á tí toda su pasion y muerte, como si solo tú fueras motivo único de su amor. Dale infinitas gracias por aquella misma memoria, que de tí tuvo tan particular. como si no hubiera otro alguno en el mundo. Aqui es cuando le concede su Padre soberano la salvacion de aquellos grandes pecadores, que refieren las historias, y las proezas heróicas de los santos: aqui es donde da valor á sus apóstoles, fortaleza á los mártires, pureza á las virgenes, esfuerzo á los confesores y penitentes; aqui cuando vé llenos de cosechas de justos los campos, erigidos sus templos, pobladas las religiones, derribados los idolos, y enarbolada en todas partes la bandera triunfante de su cruz: aqui cuando vé, que por su muerte han de recibir luz naciones infinitas; salvándose aun las mas barbaras, Y al ver el cumplimiento de estos tan altos fines de su redencion, como se recogió en lo interior de su corazon, á ver si le faltaba algo mas que hacer, o padecer por los pecadores: *Quid ultra debui facere, et non feci?* ¿Qué debí yo hacer por los

pecadores, y no lo hice? ¿Que me falta que hacer? ¡O Redentor de mi alma! nada mas te queda que hacer: llegaste á la cumbre mas alta de la caridad, y á la última raya del amor: cuanto pudo hacer tu amor, tanto has hecho y padecido. Viendo, pues, el Salvador, que nada le faltaba ya que hacer en obediencia de su Padre, y en remedio de los hombres, levantó la voz, y con un generoso afecto dijo: *Consummatum est*, ya todo está acabado, ya todo está concluido, ¡Bendito seas, Redentor de mi alma, por tan inmenso beneficio y caridad! Dame, Señor, por tu sangre preciosísima, que yo tambien pueda decirte de mi mala vida, con verdadero arrepentimiento: ya todo está acabado, ya se acabó el ofenderte, ya se acabó mi escándalo, ya se acabó mi torpeza, ya todo está concluido por tu amor, ya todo está acabado.

¡Ay almas! ¿cual estaria en este instante aquel corazon, y aquella voluntad de Jesucristo? ¡Qué fuegos, que finezas, que ternuras! Este es el tiempo, almas, de lograr vuestro amor, que está ardiendo Jesus. Ya está todo, dice, acabado todo consumado ya no me resta mas: hasta aqui pudieron llegar mis amores, ya el fuego llegó á arder hasta donde pudo: ya hierve el corazon dentro de mi pecho en mayor incendio. A la hoguera, corazones amantes, al pecho de Jesus, helados pechos. ¡O tibios corazones! ya esto está acabado. ¡O pecadores insensatos! ya esto está concluido, ya está la llama en punto, arrojaos á la hoguera del corazon de Jesus:

amor y mas amor, arder y mas arder, asi sea mi Jesus. Acabe hoy tambien mi corazon deshecho de dolor, y abrasado en tu amor.

Aqui la meditacion, y la siguiente lamentacion.

Con voz quebrada tu Dios
habla ya muy desmayado
y dice, que del pecado
la redencion consumò.

Ya Jesus se vé espirar,
ya Jesus se vé morir:
¿quien, pues, no llega á rendir
la vida con el pesar?

Luego en accion de gracias, por haber perfeccionado el Señor nuestra redencion, se reza cinco veces lo siguiente:

Gracias te doy, Señor, porque perfeccionaste mi redencion; sea, mi Jesus, para mi salvacion.

Luego: Creo en Dios, espero en Dios, amo á Dios sobre todas las cosas: pésame de haber ofendido á Dios, por ser Dios quien es: propongo nunca mas ofenderle. Maria madre admirable, abogada de pecadores, por Cristo crucificado, que nos alcances perdon y gracia eficaz, para no caer en pecado.

SEPTIMA PALABRA

que habló el Señor en la cruz:
*Padre, en tus manos encomiendo mi
espíritu.*

En esta postrera palabra nos dá nuestro amosísimo Redentor el último documento de su amor, enseñándonos el acto mas importante y sublime, para la hora última de la muerte: esto es, arrojarle y ponerse todo con rendida confianza en manos de Dios, como en manos de nuestro Padre. A morir enseña Jesucristo: aprendamos, cristianos, lo que es la muerte, de la de nuestro Salvador. ¡O qué trance tan terrible! ¡O que punto tan árduo! Al acercarse á él un Dios Hombre, se inmuta su sagrada humanidad, pierde su color el semblante, se acárdenan los lábios, y todo el cuerpo se estremece con las fatigas y agonias. Aun aquel clamor grande y esforzado, con que ya para espirar encomendó su espíritu en manos del eterno Padre, que le podia librar de la muerte, fue acompañado de tiernas lágrimas: *Cum clamore valido, et lacrymis*. Esto es morir un Hombre Dios. ¿Y mirais, hombres, la muerte con tanta indiferencia? Mortales sois, ¿y vivis tan descuidados? ¡O que insensibles os mostrais á la consideracion de un momento tan tremendo! Almas, mirad en Jesus lo que es morir: ved lo que es agonizar: ¡qué batallas! ¡qué fa-

tigas! ¡qué dolores! ¡ó fuerte trance! ¿Y como hay persona, que deje para entonces entre tantas y tales fatigas, el negocio mas serio y difícil de la salvacion? ¡Ay horas de agonía! ¿quien podrá ponderaros? ¡Qué batallas las del apartamiento del alma de Jesus, y de su sagrado cuerpo! Miraba el alma santísima en aquel cuerpo su fino compañero: miraba en él aquella carne pura de Maria, aquella union estrecha: y al quererse arrancar, era tan doloroso el apartamiento, que obligó á que se demudase y estremeciese toda la sacratísima Humanidad. ¡O fuerza del morir! ¡O duro golpe, que hace estremecer á un Hombre Dios! Pero bendito seais, mi Jesus, que os pusisteis en estas agonias, para vadearme á mi el rio de mis congojas. Vos, Señor, las pasasteis, para suavizarme las amarguras de mi muerte.

Estando, pues, en este trance nuestro Redentor Jesus, hizo silencio, y pidió atencion á los mortales con aquel clamor grande y valiente, dando á entender que ya queria morir: y para enseñarnos el modo mas alto y seguro, antes de espirar, encomienda y pone su espíritu en manos de su eterno Padre, diciéndole con gran reverencia: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. ¡O qué enseñanza tan alta, y tan divina! En este acto honra Jesucristo á su eterno Padre, con la mayor honra que pudo darle; porque poniendo en sus manos su espíritu, muestra para con su Padre su inmenso amor, y su segura confianza, su profunda humildad

y su total rendimiento; pues se entrega todo á su disposicion y providencia, como á su Padre fiel, justo, santo y poderoso, que á quien se fia de él, nunca puede faltar, ni dejar de ser asilo infalible de misericordias y seguridades: y que entregada en sus manos el alma no puede dejar de ser feliz y bienaventurada. Así nos enseña Cristo con el acto mas sublime de su doctrina y perfeccion á morir. ¡O Padre eterno, justo y santo! Con el sagrado espíritu de tu amabilísimo Jesus pongo tambien, y encomiando mi espíritu en tus manos: recíbeme: Señor, desde ahora para siempre: mírame agonizando entre tantos riesgos de ofenderte: mírame batallando y desfalleciendo entre mis tentaciones y mis caidas: no me dejes de tus manos, Padre piadosísimo que con tu dulcísimo hijo Jesus encomiendo mi espíritu en tus manos; no solo en la hora de mi muerte, sino tambien en todo el tiempo de mi vida. En tus manos encomiendo mi espíritu, cuanto tengo y cuanto soy, ten misericordia de mi.

Aquí su meditacion y la siguiente lamentacion.

A su eterno Padre ya
su espíritu le encomienda:
si tu vida no se encomienda,
¿en que manos parará?

En las tuyas desde ahora,
mi alma entregó, Jesus mio,

no me mires con desvio
en aquella fatal hora.

Luego se lee lo siguiente, para mover mas la ternura; con lo que pasa al espirar el Señor.

Habiendo nuestro Redentor Jesus encomendado su espíritu en manos de su eterno Padre, reconoció se iba ya acercando la hora de espirar: y para que todo el mundo conociese que moria libre, y voluntariamente de obediente á su Padre, y de amante á los hombres, dió licencia á la muerte para que llegase. Por eso antes de morir, para mostrar que la muerte no le derribaba la cabeza, sino el peso inmenso de su amor; el mismo antes de espirar, inclinó blandamente sobre el pecho su sacrosanta cabeza. ¡O inclinacion llena de profundos misterios! Con esta inclinacion significó el Salvador su obediencia á su eterno Padre, su inclinacion y amor á los hombres, su pobreza y humildad que no tenia en la cruz donde reclinar su cabeza; la gravedad de nuestras culpas, que con su peso le hacian inclinar la cabeza hasta morir. Inclinó tambien la cabeza á la tierra ingrata, para despedirse de ella y darle al espirar, como al principio del mundo espíritu de nueva vida. Tambien la inclinó, para llamar con esta seña á los pecadores á su amor, convidándolos á las ternuras y finezas de su pecho. Ultimamente, dirigió esta inclinacion hácia su dulcísima madre Maria, que estaba traspasada de dolor al pie de la cruz, para ha-

certa esta profunda reverencia, y despedirse de ella, encaminando á ella tambien el último aliento de su vida, para enseñar á los hombres, que ninguno puede salir bien del mundo, sino es encaminando á Maria, y por Maria, el último aliento de su vida. Bendito seas, Maestro de mi vida, por los misterios de tu sagrada inclinacion, y por lo que en ella me enseña tu infinita caridad. Inclinada así con tantos misterios, la cabeza de nuestro amorosísimo Redentor, no restándole ya que hacer para exhalar el alma, comienza á inmutarse y á estremecerse todo su sagrado cuerpo, al quererle desunir su alma sacratísima. La muerte ya para ejercitar su oficio, empieza á despejarle el color á su hermosísimo rostro: ya le eclipsa los ojos, ya le afila la nariz, ya le pone cardenos los labios, ya le marchita las mejillas, ya le desfigura el semblante, ya le eleva el pecho, ya le vá robando la respiracion: y al reconocer todas las criaturas insensibles, que ya quiere espirar su criador, no pueden contenerse de sentimiento, y se comienzan á inmutar los elementos ya el sol se enluta, la luna se ensangrienta, los cielos se obscurecen, la tierra gime y tiembla, las piedras se despedazan, y el mundo todo llora y se estremece. ¡Ay mi Jesus! esperad un poco Señor, que yo tambien quiero morir con Vos; muramos juntos, Jesus mio, que si Vos morís de amor por mi, yo quiero morir de amor por Vos: no quiero ya vivir, Dios mio, si os he de volver á ofen-

der y crucificar.

¡O Jesus de mi corazón! ya veo que se acerca la hora, bien puedes ya morir, Redentor de mi alma, que todo el cielo y toda la tierra están con grande expectacion, esperando tu muerte: la espera tu eterno Padre con las manos abiertas, para recibir tu espíritu, la esperan los angeles para aplaudir tu victoria, los santos padres del limbo, para ilustrarse con tu vista en gloriosa libertad: la esperan todos los justos, para rendirte eternas gracias y alabanzas: la esperan todos los pecadores, para romper de dolor sus pechos, con firme resolucion de nunca mas serte ingratos: la espera finalmente todo el mundo, para renovarse, y todos los hombres, para verse redimidos de la esclavitud de la culpa.

Viendo, pues, el Señor la expectacion y suspiros, con que todo el mundo espera su muerte, se rinde ya á sus ansias, y entre amores y ternuras de los pecadores, entrega su espíritu á su eterno Padre, y su vida y sangre, por el remedio general de todos los hombres. Ea, mi Jesus dulcísimo, ya es hora, muere en buena hora, Redentor de mi alma; y cuando estés con tu eterno Padre, despues de muerto, pídele, Señor, que siempre estemos contigo, que vivamos y muramos en tu gracia, y en tu amor, por tu preciosísima sangre, pasion y muerte, que por tu gran reverencia serás oido, y bien despachado á favor de nosotros tus pecadores, redimidos y amados tuyos.

¡O Dios altísimo! ¡O Magestad incompreasible! Tú solo, gran Señor, sabes comprehender y apreciar la muerte de tu hijo, nuestro Señor Jesucristo. El hombre la oye y se queda insensible, ciego, sordo y mudo. Ve morir á su Dios, y no suspira, ni llora, ni se inmuta, cuando su Dios muere, por que eternamente no muera en el infierno. ¡O qué cargo tan terrible! ¡O viénes Santo! ¡O tres boras de agonía! ¡O mortales, despertad esos ojos de vuestra fé dormida; por vosotros muere vuestro Dios! ¿y no hay quien muera con su Dios de amor y de dolor? Por vuestros pecados muere! ¿y no hay quien muera de dolor de haber pecado? ¡O Dios! ¡O cielos! ¡O piedras, prestadnos vuestro dolor para morir hoy con nuestro Redentor Jesus, de amor y sentimiento! A morir, almas, con Jesucristo, á morir de amor, á morir de dolor de haberle ofendido

Cerca ya de las tres se hincan todos, y el coro, ó la música entona con voz muy tierna el Credo, y se mide de modo que den las tres al tiempo del INCARNATUS::: CRUCIFIXUS::: PASSUS, ET SEPULTUS EST, en donde finaliza; é inmediatamente cantará la misma música la siguiente lamentacion.

Ya murió mi Redentor,
ya murió mi Padre amado,
ya murió en la cruz clavado
mi Dios, mi Padre, mi amor.

Ay! Ay! Ay! triste de mí!
Ay! Ay! Ay! mi corazón!

rómpete de compasion,
que Jesus murió por tí.

*Luego se pone en pié el padre, y con grande
y lastimero grito dice:*

Ya murió Jesucristo, ya espiró nuestro Redentor, ya acabó la vida nuestro Padre Y con gran fervor prosigué exhortando al llanto, á la compasion, ternura y contricion; ya hablando con Jesucristo, ya con su Madre santísima y dolorida, ya con los pecadores, etc. y remata con un fervoroso acto de contricion.

ADORACION

A LAS SANTISIMAS LLAGAS

DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

A la llaga del pié izquierdo.

Adórote santísima llaga, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella y por el dolor que ocasionó á vuestra Madre Santísima, os pido una viva fè, y que me perdoneis cuanto os he ofendido, con todos mis pasos y movimientos.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

A la llaga del pié derecho.

Adórote santísima llaga, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella y por el dolor que ocasionó á vuestra Madre santísima, os pido una firme esperanza; y que me perdoneis cuanto os he ofendido con todas mis acciones y palabras.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

A la llaga de la mano izquierda.

Adórote santísima llaga, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella y por el dolor que ocasionó á vuestra Madre santísima, os pido una ardentísima caridad, y que me perdoneis cuanto os he ofendido, con mi vista y demás sentidos.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

A la llaga de la mano derecha.

Adórote santísima llaga, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella y por el dolor que ocasionó á vuestra Madre santísima, os pido una verdadera contricion de mis culpas, y que me perdoneis cuanto os he ofendido, con el mal empleo de mi memoria, entendimiento y voluntad.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

A la llaga del sagrado costado.

Adórote santísima llaga, y os doy, Señor, por ella las gracias. Por ella y por el dolor que ocasionó á vuestra Madre santísima, os pido perseverancia final en vuestra gracta, y que así como fué herido vuestro corazon, con el hierro de la lanza, y el de vuestra dolorosísima Madre, con el cuchillo de su dolor; así penetren el mio vuestras soberanas luces, para siempre amaros, y nunca ofenderos; queriendo mas morir que pecar.

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria Patri.

HIMNO

STABAT MATER DOLOROSA, etc:

Triste y llorosa la Madre
Al pié de la cruz estaba,
Donde pendiente se hallaba
El Hijo de su dolor.

Y su corazon ardiente,
Contristado y dolorido,
Entre el agudo gemido,
Dura espada traspasó.

¡Oh cuanta congoja y pena
Para la reina escogida,
En tanto pesar sumida,
Siendo la madre de Dios;

Melancólica y doliente
Y en confuso desaliento,
Del hijo escelso el tormento
Conturbada lamentó.

¿Quién será el hombre que pueda
Ver sin llorar tanto duelo,
La Madre del Rey del cielo
En suplicio tan atroz?

¿Quién no tiembla contemplando
Una Madre tan piadosa,
Cerca de la cruz llorosa,
Y espirando el Redentor?

Mira á Jesus azotado,
Y en aquel trance violento,
Por los pecados sin cuento,
De su infiel generacion.

Y mira à tan dulce Hijo,
Desolado y moribundo,
Espectáculo del mundo
Causa de tanto baldon.

Fuente de amor, Madre mia,
Haced que yo esperimiente
Ese dolor tan vehemente
Y logre llorar con vos.

Y que mi pecho se inunde
En fervorosos amores,
Sirviendo con mis dolores
A Cristo mi bienhechor.

Haced que con las sangrientas
Llagas del crucificado,
Quede igualmente sellado
Mi rebelde corazon:

Partid conmigo las penas
De un hijo tan eminente,
Que inpecable é inocente,
Sufrir por mi se dignó

Haced que mientras viviere
Os acompañe en el llanto,
Y con la de Cristo santo
Se confunda su afliccion:

Al pié de la cruz contigo
Quiero vivir, Madre mia,
Y haceros fiel compañía
En tanta desolacion.

Virgen pura, sobre todas
Las vírgenes, tu Indulgeucia
Me alcance la preeminencia
De llorar junto á mi amor.

Haced que lieve conmigo
Te Jesucristo la muerte
Y que comparta la suerte,
Y angustias de su pasion.

Haced que con sus heridas
Me sienta yo vulnerado,
Y que en su cruz embriagado,
Encuentre la salvacion:

Que de tanto amor en premio
Lleno de fe y esperanza,
El dia de la venganza
Me valga tu mediacion.

La cruz y muerte de Cristo
Me sirva de escudo y guia;
Dándome su valentia
La gracia del Salvador.

Y cuando el cuerpo reciba,
La ley mortal que le oprime,
Que mi alma se sublime
Al Dios remunerador.

